

El cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento

Sábado de tarde, 16 de noviembre:

El Hijo de Dios vino al mundo como un restaurador. Él era el Camino, la Verdad, y la Vida. Cada palabra que pronunció era espíritu y vida. Hablaba con autoridad, consciente de su poder para bendecir a la humanidad y librar a los cautivos atados por Satanás; además, estaba consciente de que con su presencia podía traer al mundo una felicidad completa. Anhelaba ayudar a cada miembro de la familia humana que se encontrara oprimido y sufriente, y mostrarle que era su prerrogativa bendecir, no condenar (*Exaltad a Jesús*, p. 31).

Cristo reconoció abiertamente su derecho a la autoridad y a recibir lealtad. “Vosotros me llamáis Maestro, y Señor —les dijo—; y decís bien, porque lo soy”. “Uno es vuestro Maestro, el Cristo”. Juan 13:13; Mateo 23:8. De ese modo mantuvo la dignidad que le correspondía a su nombre, y la autoridad y el poder que poseía en el cielo.

Hubo ocasiones cuando habló con la dignidad de su verdadera grandeza. Más de una vez declaró: “El que tiene oídos para oír, oiga”. Con estas palabras no hacía más que repetir la orden de Dios, cuando desde la excelencia de su gloria el Infinito había declarado: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd”. Mateo 17:5. De pie ante los fariseos de ceño fruncido, que trataban de poner en alto su propia importancia, Cristo no vaciló en compararse con los representantes más distinguidos que habían caminado sobre la tierra y declarar su propia eminencia sobre todos ellos (*Exaltad a Jesús*, p. 31).

Al venir a morar con nosotros, Jesús iba a revelar a Dios tanto a los hombres como a los ángeles. Él era la Palabra de Dios: el pensamiento de Dios hecho audible. En su oración por sus discípulos, dice: “Yo les he manifestado tu nombre”: “misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en benignidad y verdad”, “para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos”. Pero no solo para sus hijos nacidos en la tierra fue dada esta revelación. Nuestro pequeño mundo es un libro de texto para el universo. El maravilloso y misericordioso propósito de Dios, el misterio del amor redentor, es el tema en el cual

“desean mirar los ángeles”, y será su estudio a través de los siglos sin fin. Tanto los redimidos como los seres que nunca cayeron hallarán en la cruz de Cristo su ciencia y su canción. Se verá que la gloria que resplandece en el rostro de Jesús es la gloria del amor abnegado. A la luz del Calvario, se verá que la ley del renunciamiento por amor es la ley de la vida para la tierra y el cielo; que el amor que “no busca lo suyo” tiene su fuente en el corazón de Dios; y que en el Manso y Humilde se manifiesta el carácter de Aquel que mora en la luz inaccesible al hombre (*El Deseado de todas las gentes*, p. 11).

Domingo, 17 de noviembre: Señales, obras y prodigios

Las Escrituras indican claramente la relación que hay entre Dios y Cristo, y hacen resaltar muy claramente la personalidad individual de cada uno.

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos. Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy, y otra vez: Yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo?” Hebreos 1:1-5 (*Testimonios para la iglesia*, t. 8, p. 280).

Dios es Padre de Cristo; Cristo es el Hijo de Dios. A Cristo ha sido dada una posición exaltada. Ha sido hecho igual al Padre. Todos los consejos de Dios están abiertos para su Hijo.

Jesús dijo a los judíos: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo... No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace; y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis”. Juan 5:17-20.

Aquí se recalca otra vez la personalidad del Padre y la del Hijo, y se demuestra la unidad que existe entre ellos (*Testimonios para la iglesia*, t. 8, pp. 280, 281).

Dios no anula sus leyes, ni tampoco obra contrariándolas: las usa continuamente como sus instrumentos. La naturaleza atestigua que hay una inteligencia, una presencia y una energía activa, que obran dentro de sus leyes y mediante ellas. Existe en la naturaleza la acción del Padre y del Hijo. Cristo dice: “Mi Padre hasta ahora obra, y yo obro”. Juan 5:17.

Los levitas, en su himno registrado por Nehemías, cantaban: “Tú, oh Jehová, eres solo; tú hiciste los cielos, y los cielos de los cielos, y toda su milicia, la tierra y todo lo que está en ella... tú vivificas todas estas cosas”. Nehemías 9:6.

En cuanto se refiere a este mundo, la obra de la creación de Dios está terminada, pues fueron “acabadas las obras desde el principio del mundo”. Hebreos 4:3. Pero su energía sigue ejerciendo su influencia para sustentar los objetos de su creación. Una palpitación no sigue a la otra, y un hálito al otro, porque el mecanismo que una vez se puso en marcha continúe accionando por su propia energía inherente; sino que todo hálito, toda palpitación del corazón es una evidencia del completo cuidado que tiene de todo lo creado Aquel en quien “vivimos, y nos movemos, y somos”. Hechos 17:28 (*Historia de los patriarcas y profetas*, p. 107).

Lunes, 18 de noviembre: La autoridad de las Escrituras

Fue Cristo quien habló a su pueblo por medio de los profetas. El apóstol Pedro, escribiendo a la iglesia cristiana, dice que los que “profetizaron de la gracia que había de venir a vosotros, han inquirido y diligentemente buscado, escudriñando cuándo y en qué punto de tiempo significaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual prenunciaba las aflicciones que habían de venir a Cristo, y las glorias después de ellas”. 1 Pedro 1:10, 11. Es la voz de Cristo la que nos habla por medio del Antiguo Testamento. “Porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía”. Apocalipsis 19:10.

En las enseñanzas que dio cuando estuvo personalmente aquí entre los hombres, Jesús dirigió los pensamientos del pueblo hacia el Antiguo Testamento. Dijo a los judíos: “Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí”. Juan 5:39. En aquel entonces los libros del Antiguo Testamento eran la única parte de la Biblia que existía. Otra vez el Hijo de Dios declaró: “A Moisés y a los profetas tienen: óiganlos”. Y agregó: “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán, si alguno se levantara de los muertos”. Lucas 16:29, 31 (*Historia de los patriarcas y profetas*, pp. 382, 383).

Jesús confió en la sabiduría y fuerza de su Padre celestial... Llamando la atención a su propio ejemplo, él nos dice: “¿Quién hay de entre vosotros que teme a Jehová... que anda en tinieblas y no tiene luz? ¡Confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios!” Isaías 50:7-10.

“Viene el príncipe de este mundo —dice Jesús—; mas no tiene nada en mí”. Juan 14:30 No había en él nada que respondiera a los sofismas de Satanás. Él no consintió en pecar. Ni siquiera por un pensamiento cedió a la tentación. Así también podemos hacer nosotros. La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad. Fue hecho idóneo

para el conflicto mediante la permanencia del Espíritu Santo en él. Y él vino para hacernos participantes de la naturaleza divina. Mientras estemos unidos con él por la fe, el pecado no tendrá dominio sobre nosotros...

Y Cristo nos ha mostrado cómo puede lograrse esto. ¿Por medio de qué venció él en el conflicto con Satanás? Por la Palabra de Dios. Sólo por medio de la Palabra pudo resistir la tentación. “Escrito está”, dijo. Y a nosotros “nos son dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fueseis hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia”. 2 Pedro 1:4. Toda promesa de la Palabra de Dios nos pertenece. Hemos de vivir de “toda palabra que sale de la boca de Dios”. Cuando nos veamos asaltados por las tentaciones, no miremos las circunstancias o nuestra debilidad, sino el poder de la Palabra. Toda su fuerza es nuestra. “En mi corazón he guardado tus dichos —dice el salmista—, para no pecar contra ti”. “Por la palabra de tus labios yo me he guardado de las vías del destructor”. Salmo 119:11; 17:4 (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 98, 99).

Martes, 19 de noviembre: Profecías del Antiguo Testamento acerca de Jesús: parte 1

Dios se buscó un mensajero en Juan el Bautista para preparar el camino del Señor. Este debía dar al mundo un testimonio resuelto al reprobar y denunciar el pecado. Lucas, cuando anuncia su misión y su trabajo, dice: “E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto”. Lucas 1:17...

La voz de Juan resonó como una trompeta. Su comisión era: “Anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado”. Isaías 58:1. No había recibido educación en las escuelas humanas. Dios y la naturaleza habían sido sus maestros. En la tarea de preparar el camino para el advenimiento de Cristo se necesitaba a uno que fuera tan valiente como para hacer oír su voz al igual que los profetas de la antigüedad, y amonestar a la nación degenerada para que se arrepintiera (*Mensajes selectos*, t. 2, pp. 167, 168).

Había sido enviado por Dios un heraldo que proclamase la venida de Cristo para llamar la atención de la nación judía y del mundo a su misión, a fin de que los hombres pudiesen prepararse para recibirle. El admirable personaje a quien Juan había anunciado había estado entre ellos durante más de treinta años y no le habían conocido en realidad como el enviado de Dios. El remordimiento se apoderó de los discípulos porque habían dejado que la incredulidad prevaleciente impregnase sus opiniones y anublase su entendimiento. La Luz de este mundo sombrío había estado resplandeciendo entre su lobreguez, y no

habían alcanzado a comprender de dónde provenían sus rayos. Se preguntaban por qué se habían conducido de modo que obligara a Cristo a reprenderlos. Con frecuencia repetían sus conversaciones y decían: ¿Por qué permitimos que las consideraciones terrenales y la oposición de sacerdotes y rabinos confundiesen nuestros sentidos, de manera que no comprendíamos que estaba entre nosotros uno mayor que Moisés, y que uno más sabio que Salomón nos instruía? (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 468, 469).

Una luz resplandecía en derredor de la tumba, pero el cuerpo de Jesús no estaba allí. Mientras se demoraban en el lugar, vieron de repente que no estaban solas. Un joven vestido de ropas resplandecientes estaba sentado al lado de la tumba. Era el ángel que había apartado la piedra... Les dijo: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, mas ha resucitado: acordaos de lo que os hablé, cuando aun estaba en Galilea, diciendo: Es menester que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día”.

¡Ha resucitado, ha resucitado! Las mujeres repiten las palabras vez tras vez. Ya no necesitan las especias para ungirle. El Salvador está vivo, y no muerto. Recuerdan ahora que cuando hablaba de su muerte, les dijo que resucitaría. ¡Qué día es este para el mundo! Prestamente, las mujeres se apartaron del sepulcro y “con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos” (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 732, 733).

Miércoles, 20 de noviembre: Profecías del Antiguo Testamento acerca de Jesús: parte 2

“Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén: he aquí, tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, así sobre un pollino hijo de asna”. Zacarías 9:9

Quinientos años antes del nacimiento de Cristo, el profeta Zacarías predijo así la venida del Rey de Israel. Esta profecía se iba a cumplir ahora. El que siempre había rechazado los honores reales iba a entrar en Jerusalén como el prometido heredero del trono de David.

Fue en el primer día de la semana cuando Cristo hizo su entrada triunfal en Jerusalén. Las multitudes que se habían congregado para verle en Betania le acompañaban ansiosas de presenciar su recepción. Mucha gente que iba en camino a la ciudad para observar la Pascua se unió a la multitud que acompañaba a Jesús (*El Deseado de todas las gentes*, p. 523).

Los sacerdotes y traficantes huyeron de su presencia arreando su ganado.

Al alejarse del templo se encontraron con una multitud que venía con sus enfermos en busca del gran Médico... ansiosos de llegar a

Aquel que era su única esperanza... De nuevo se llenaron los atrios del templo de enfermos e inválidos, y una vez más Jesús los atendió...

Volviendo quedamente al templo, oyeron las voces de hombres, mujeres y niños que alababan a Dios. Al entrar, quedaron estupefactos ante la maravillosa escena. Vieron sanos a los enfermos, con vista a los ciegos, con oído a los sordos, y a los tullidos saltando de gozo... [Estos ahora] Repetían los hosannas del día anterior y agitaban triunfalmente palmas ante el Salvador. En el templo, repercutían repetidas veces sus aclamaciones: “Bendito el que viene en nombre de Jehová. Salmo 118:26 (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 542, 543).

Cuando la verdad llega a ser un principio permanente en nuestra vida, el alma renace, “no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios, que vive y permanece para siempre”. Este nuevo nacimiento es el resultado de haber recibido a Cristo como la Palabra de Dios. Cuando las verdades divinas son impresas sobre el corazón por el Espíritu Santo, se despiertan nuevos sentimientos, y las energías hasta entonces latentes son despertadas para cooperar con Dios.

Así sucedía con Pedro y sus discípulos... La Palabra dio testimonio por medio de ellos, los hombres de su elección, y proclamaron la importante verdad: “Y aquel Verbo [Palabra] fue hecho carne, y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad”. Juan 1:14.

El apóstol exhortó a los creyentes a estudiar las Escrituras, para que por medio de un adecuado entendimiento de ellas pudiesen realizar una segura obra para la eternidad. Pedro comprobó que en la experiencia de cada persona que finalmente obtiene la victoria, existen momentos de perplejidad y prueba; pero sabía también que la comprensión de las Escrituras podía capacitar al tentado, trayendo a la mente promesas que podían confortar el corazón y reforzar la fe en el Poderoso (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 414, 415).

Jueves, 21 de noviembre: Desde abajo

Jesús fue seguido de ciudad en ciudad durante su ministerio. Sacerdotes y gobernantes lo acosaban, tergiversando sus labores y su misión. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Los ángeles presenciaban cada paso del conflicto y se maravillaban de las estratagemas de Satanás contra el divino Hijo de Dios. Aquel que había seguido a Jesús en poder y gloria en el cielo, había caído tan bajo, que se dedicaba a influir en las mentes de los hombres para que siguieran los pasos de Cristo de ciudad en ciudad. Cuando Cristo buscó el huerto de Getsemaní, el enemigo oprimió su alma con tinieblas. Ni siquiera sus discípulos velaron con él durante aquella hora de prueba. Oyeron la agonía de la oración que salía de sus labios pálidos y temblorosos, pero pronto permitieron que el sueño los venciera, y dejaron a su Maestro sufriente luchar solo con los poderes de las tinieblas (*The Signs of the Times*, 25 de noviembre, 1889, párrafo 1; parcialmente en *La verdad acerca de los ángeles*, p. 195).

Vemos cómo el pueblo que profesa ser justo puede poner en acción el espíritu de Satanás y realizar sus impíos propósitos a través de la envidia, los celos y el fanatismo religioso... No hay guerra entre Satanás y el pecador, entre los ángeles caídos y los seres humanos que han caído. Ambos poseen los mismos atributos, ambos son perversos a causa de la apostasía y el pecado...

La predicación que fuera hecha en el Edén se refiere en forma especial a Cristo y a todos aquellos que lo aceptan y confiesan que es el unigénito Hijo de Dios. Cristo ha solicitado participar en el conflicto que se libra contra el príncipe del mal y la potestad de las tinieblas y herir la cabeza de la serpiente. Todos aquellos que son hijos e hijas de Dios son sus elegidos, sus soldados que han de enfrentarse con principados y potestades, con gobernantes de las tinieblas del mundo, con la impiedad espiritual que reina en los lugares encumbrados. Este es un conflicto inagotable que no culminará hasta que Cristo regrese por segunda vez (*El Cristo triunfante*, p. 282).

Como profesos seguidores de Cristo, tenemos mucho que aprender. Hay en muchos una frialdad inmovible, una reserva como la de los fariseos, que debe ser derribada... Como los fariseos, quieren ser dictadores, maestros. Dios envió a su Hijo para dar a su pueblo un mejor conocimiento de la verdad, para mostrarles la mejor manera de ayudar a sus semejantes. Pero los fariseos se negaron a recibir la instrucción divina. Pensaban que Cristo era demasiado liberal. Sus costumbres no concordaban con las de ellos; y en vez de procurar ponerse en armonía con Cristo, procuraban poner a Cristo en armonía con ellos... Con el fin de llevar a cabo sus propios propósitos, se opusieron a Cristo, y así trajeron la oscuridad sobre sí mismos.

Aquellos a quienes Dios ha confiado su verdad, deben poseer el mismo espíritu benéfico que manifestó Cristo. Deben adoptar los mismos amplios planes de acción. Deben demostrar un espíritu bondadoso y generoso hacia los pobres, y en un sentido especial sentir que son mayordomos de Dios. Deben considerar todo lo que poseen —propiedades, facultades mentales, fuerza espiritual— no como suyo propio, sino únicamente como algo que les ha sido prestado para promover la causa de Cristo en la tierra. Como Cristo, no deben rehuir la sociedad de sus semejantes, sino que deben buscarla con el propósito de otorgar a otros los beneficios que han recibido de Dios (*Gospel Workers*, edición de 1915, pp. 319, 320; parcialmente en *Obreros evangélicos*, p. 350).

Viernes, 22 de noviembre: Para estudiar y meditar

A fin de conocerle, “Representantes de Cristo en el mundo”, 27 de octubre, p. 304.

Reflejemos a Jesús, “Jesús nos muestra cómo vivir”, 22 de noviembre, p. 332.